

55B201
+ 09.02.2001
E13912601

Inspectoría San Francisco Javier
Bilbao



D. BERNARDO MUÑOYERRO DÍAZ

Sacerdote Salesiano (1932-2001)

Queridos hermanos salesianos, miembros de la familia salesiana y amigos: Con cierto retraso, pero con el mejor de los recuerdos, os escribimos haciendo memoria de nuestro querido hermano: D. BERNARDO MUÑOYERRO DÍAZ que falleció, a los 68 años, después de 45 años de vida salesiana y 35 años de sacerdocio, durante la madrugada del día 9 de febrero de 2001, en la Clínica Universitaria de Pamplona.

A los 62 años se le declaró el Mieloma Múltiple (así lo designaba, con precisión: tumor en la médula ósea). Por lo que, gracias al trasplante de médula realizado, y con una aceptable calidad de vida, llevaba ya seis años luchando contra el cáncer.

A lo largo de los últimos cinco años fueron muchas las ocasiones que tuvo que ingresar en la Clínica; se reponía adecuadamente después de dos o tres semanas, y volvía de nuevo a la Comunidad para seguir luchando contra la debilidad, casi siempre en situación precaria y en desventaja.

Mejoraba en pocos días y siempre constatábamos que al volver a la Clínica empezaba a tomar nuevas energías. ¿La mejor señal de su mejoría? Decidía rezar el breviario, y empezaba a estar bien: daba consignas, avisos, algunas voces, había que encender la televisión, requería la presencia de médicos y enfermeras...Lo normal era que, en pocos días, volviese a casa, despidiéndose hasta la próxima vez.

Unos días después de Navidad, el día 12 de enero, viernes, ingresa de nuevo en la Clínica para recuperarse de otra recaída, pero, ésta sería la definitiva. Cuando parecía que ya estaba bien, que no precisaba la presencia de otras personas para desplazarse... se cayó; quizás porque se tropezó, porque le fallaron las fuerzas o porque el cáncer de huesos seguía haciendo mella y la caída era fruto de la metástasis. Los médicos diagnosticaron rotura del fémur de la pierna derecha, debida a la propia enfermedad.

El día 1 de febrero lo intervinieron quirúrgicamente, con la esperanza de que recuperase la movilidad de la pierna y pudiese seguir animado luchando contra el dolor. No pudo ser. Fue el principio del fin. La decadencia física comenzó con excesiva celeridad. Cada día empeoraba más. Necesitaba más medicación para paliar los dolores. Parecía que el "abrazo del Padre", como decía con frecuencia, lo estaba divisando, lo deseaba y lo necesitaba. Así se fue apagando, sin dolor, sin habla, sin visión, sin molestar. Eran las tres de la mañana del día 9 de febrero.

1. LOS PRIMEROS PASOS EN LA VIDA Y EN LA CONGREGACIÓN

1.1. Infancia y juventud

Bernardo, había nacido el 4 de diciembre de 1932, en un pueblo pequeño de Ávila, Fuentes de Año. Situado en la región norteña de La Moraña de Ávila es muy poco conocido al no pasar por él las vías de comunicación. Equidistante, más o menos, de Madrigal de las Altas Torres, Arévalo y

Fontiveros, más conocidos por su historia, es preciso ir allí para cono-
cerlo expresamente. Como casi todos los pueblos, y más en aquellos años
de guerra y postguerra, era el pueblo pobre y sufrido con escasez de re-
cursos y de puestos de trabajo y propicio para la emigración., que más
tarde sufriría una transformación por la industrialización del campo,

Bernardo nació en el seno de una familia numerosa: su padre Clau-
dio y su madre Salvadora. Ocho hermanos y Bernardo en tercer lugar:
Salvador, Ifigenia (Sor María -HMA-, misionera en Bolivia), Bernardo,
Zósimo, fallecido en accidente de trabajo en los años sesenta, José María,
M^a del Sagrario, Dioscórides, fallecido cuando era aspirante del Semina-
rio Salesiano de Arévalo y M^a Antonia. Solía decir que hay nombres para
todos los gustos, por la costumbre de su padre a la hora de elegir y atri-
buir el nombre: la hoja del día del calendario del Sdo. Corazón de Jesús
le servía de pauta para poner los nombres con la condición de que no
existiera uno igual en el pueblo.

Miembro de una familia numerosa e hijo de un jornalero eventual y
de aquella época, solía recordar la dificultad económica, de sacrificio y
exigencia sin nombre, que tenían sus padres para sacar adelante a todos
los hermanos. Como también reflejaba y siempre valoró profundamente
el hecho de haber tenido unos padres hacendosos, sin miedo al trabajo,
al sacrificio y a las privaciones, llenos de entrega, de servicio, y de amor
para sus hijos, con un sentido religioso sencillo y profundo.

Él mismo expresaba así su vivencia de la familia numerosa: “Son va-
lores insustituibles que tiene la familia numerosa: te sientes solidario con
todos y en todo, prestación personal en las dificultades, conciencia de la
responsabilidad personal sintiéndote obligado a remediar las necesida-
des. Se llega a comprender las motivaciones de privarse de cosas que no
pasan de ser meros caprichos, aun cuando otros las disfruten, porque la
situación familiar no nos lo permite. Se acepta la privación y pobreza,
responsabilidad y trabajo, como forma de vida propia. Y cuando se hace
reflexivo el modo de actuar de los padres, lo valoras en toda su hondura
y te forma carácter”..

Dejó escrito el sermón de la muerte de su madre y de su padre. Co-
mo era muy ordenado en sus apuntes podemos señalar algunas notas
que tenemos a mano: “Tengo que dar gracias a Dios por la familia en que
me pensó y viví. Nunca conocimos la abundancia, comodidades de vida,
sueños y caprichos, ... Pero lo que siempre tuvimos a raudales fue cariño,
entrega, trabajo, renuncia, sufrimiento aceptado, unión familiar, ... valo-

res auténticamente cristianos que constituyen la familia pues estaban amados con una sencilla pero segura fe, confianza en la Providencia, temor de Dios, respeto a su ley, ambiente de oración.

Todo el hacer de mi madre estaba presidido por el temor de Dios, una fe de no mucha ilustración, pero sí de intuición práctica. 'No sé si me salvaré por el rezo diario del rosario –le dijo mi madre a una vecina que se lo reprochaba– pero lo que sí sé es que no me voy a condenar por ello'. ¡Lecciones de teología práctica!, recibí varias. En el seno de esta familia cristiana, surgieron varias vocaciones religiosas. Ambiente propicio para escuchar la llamada de Dios".

Bernardo tuvo su primera experiencia laboral al llegar a los catorce años. Había acabado de ir a la escuela y en 1946 firmó su primer contrato de trabajo. "Era mi primera aportación a la familia que lo necesitaba, en clave de economía. Constituía para mí una gran satisfacción". Estuvo cinco años trabajando de ayudante del pastor, al cuidado del ganado, en las labores propias del campo, haciendo colchones... "Guardo grato recuerdo de aquella época y, aunque la situación era esclavizante, se vivía como algo natural. Es más, teníamos que estar agradecidos al que nos contrataba".

Coincide en esta época el ingreso de su hermano Zósimo –siempre manifestó su deseo de ser sacerdote o fraile– en el aspirantado salesiano de Astudillo, con trece años. Recordaba que, para sus padres, el hecho de que su hermano pudiera ir al aspirantado y el sueño de que un día podría llegar a ser sacerdote, fue una gran alegría.

Zósimo era compañero de aspirantado de otros salesianos, entre ellos, Matías Lara y Antonio Guede, de nuestra inspectoría. Pero el año 1951, siendo aspirante, fallecía en Arévalo. Unos días de consternación profunda en el seminario, en la familia, en los compañeros... Sus restos descansan en el panteón salesiano de Arévalo.

Por supuesto que la muerte de un hijo y un hermano, inesperada e impensable, y en el que se depositaban grandes esperanzas: su persona, sus estudios, su vocación..., fue un acontecimiento trágico para los padres y para los hermanos, también para Bernardo. Sin embargo, la vida tenía que seguir y siguió. Poco tiempo después de la muerte de Zósimo, Bernardo –ya mayor y curtido en el duro trabajo de los días de verano, sin horarios– ingresa en el seminario. Solía recordar: "el cambio fue a mejor, sin lugar a dudas".

Pero, ¿cómo a su edad, después de haber olvidado los estudios, se le puede ocurrir ingresar en el seminario? Él mismo lo ha dejado escrito:

“Después de la muerte de mi hermano comencé a repensar mi vida en cristiano como nunca me había ocurrido. En ocasiones llegué a pensarme condenado, debido más que a la maldad de la vida a la poca formación e información. Confesarse y comulgar una vez al año por Pascua. Fácilmente todo era pecado; cualquier mentirijilla era falta que me impedía comulgar. Así resultaba poco menos que imposible mantenerse en gracia. Con todo, esto no me llegaba a preocupar demasiado, ni lo suficiente como para pensar en una conversión en profundidad. Ahora, sin embargo, todo estaba cambiando. Dios se interpuso en mi camino y me estaba hablando interiormente. ¿Cómo? ¿Con qué lenguaje?. Con el único que yo era capaz de entender y captar: me condeno ... no me condeno; puedo evitarlo ... no puedo evitarlo. Cómo hacer para evitarlo. Todo esto que antes no llegó a inquietarme en lo más mínimo, era ahora toda y mi única preocupación, que me empujaba a tomar una radical y transcendente determinación. No quiero condenarme; he de cambiar de situación. En ella iba a estar empeñado todo mi futuro. La consideración se hacía constante y creciente, hasta que se materializó en la expresión de una toma de postura: me iré a los salesianos para ocupar el puesto que mi hermano ha dejado”.

En una imagen del Sagrado Corazón que le acompañaba en su breviario, tenía escrito: “Me llamaste a pesar de mis deficiencias e infidelidades, conocidas por Ti de manera perfecta. Siempre me amas, pero en aquella ocasión, al llamarme por mi nombre, pusiste un gesto de amor preferencial, volviste la espalda a todos mis pecados (Is 38,17); más aún, me preferiste así, como era y estaba en aquel momento”.

1.2. Ingreso en el seminario de Astudillo

Hacía un mes que su hermano Zósimo había fallecido. Con 18 años, Bernardo ingresa en el Seminario. Sus padres aceptan la petición de Bernardo y le prestan todo su apoyo, a pesar del dolor, todavía reciente de la muerte de su hijo, aunque esta decisión suponía un sueldo menos en casa y un gasto más, para pagar la pequeña –grande para ellos– mensualidad del seminario. ¡Y quedaban 7 hermanos que tenían que atender!

Fe grande la de aquella familia que en un pueblo pequeño, donde todos se conocen, no hace fácil comprender la decisión. Es más, tampoco era la persona “más adecuada” para ir al Seminario, a tenor de las cualidades que se presumían debía poseer: era un mozo “pillo” y muy dado a las fechorías, comentan sus hermanos.

Y en el Seminario, ¿qué pensaban?. Tiene 18 años y en diciembre 19. ¿Qué puede estudiar? ¿Tiene claro que quiere ser sacerdote o coadjutor? ¡Hace cinco años que abandonó los estudios...! Sea lo que sea en el curso 1951-52 tenemos a Bernardo en Astudillo, haciendo 1º de latín con tantos otros compañeros mucho más pequeños que él. La diferencia de edad era elocuente y evidente. “Se afeitaba ya con jabón y cuchilla y nosotros lo contemplábamos con admiración”, comenta un compañero.

Don Eduardo Díez era el Director. Se le recuerda “con estilo y figura” del director de entonces: amable, sonriente, bondadoso, complaciente...

La estancia en Astudillo no fue fácil, al menos al principio. Los recuerdos de su familia, su casa, su pueblo...; la dificultad de los estudios, la diferencia de edad... No era fácil la adaptación, pero debía ir acompañando su formación y su puesta al día a la de sus compañeros. Tuvo que realizar los dos primeros cursos en un año, sin escatimar esfuerzo e ilusión. Allí se encontró con las llamadas “Compañías”, momentos formativos tan característicos y propios de los salesianos que se remontaban a los tiempos de Don Bosco.

1.3. Arévalo, su segundo paso

En Agosto del 52 ya se encontraba en Arévalo. El Director era Don Maxi Francoy: bueno, amable, con capacidad cultural, muy salesiano... “Siempre nos hacía terminar sus conferencias con el grito de –¡ser salesiano, lo mejor!–. Pero serio, correcto y firme en su obrar”.

Los estudios se le hacían más complicados, pero la vista estaba puesta en una meta muy clara: el noviciado. Y el ambiente ayudaba a desearlo y a prepararse con cariño y esmero.

Bernardo llegaba, siendo aspirante, a la edad de su alistamiento en el ejército. Tenía 20 años y en 1953 fueron llamados a prestar el servicio militar obligatorio. Al alegar que eran seminaristas, el soldado de turno, no muy ducho en temas canónicos escribió en la cartilla militar: sacerdote, art. 3º. Quedaba exento de realizar el servicio militar aunque tendría que pasar las revistas correspondientes

1.4. Noviciado en Mohernando

El 15 de Agosto de 1954, año mariano, con los demás compañeros de aspirantado, y tras unos días de EE.EE. en Carabanchel, “nos vimos insta-

lados en el Monte Santo salesiano, Mohernando, donde pasaríamos un año y un día”.

Lo recordaba como un año positivo. Otros no lo recuerdan con tanta claridad. “La lectura del libro del P. Marmión: “Jesucristo, Ideal del Monje”, marcó la historia de mi vida espiritual con un ‘antes y un después’. Realmente me inició en el gustar la Sagrada Escritura y dar los primeros pasos en la devoción a Cristo, devoción al Sagrado Corazón”.

El 16 de agosto de 1955 hizo la primera profesión. El gozo y la alegría eran desbordantes. No podía creerse que ya era salesiano, meta hacia la que había venido caminando varios años antes.

1.5. Filosofía en Guadalajara

La filosofía la cursó en Guadalajara. Los estudios tenían dificultad, y al carecer de validez “académica”, junto con sus compañeros, comenzaron a estudiar Magisterio. De este modo, aprovechando el verano podían alternar los estudios civiles con los eclesiásticos, de manera que al terminar el segundo curso del trienio práctico, habían conseguido el título civil de Maestro. Años, por tanto de estudios intensos y, también, cómo no, de fortalecimiento espiritual y conocimiento progresivo de la vida salesiana.

1.6. Trienio en Deusto

En agosto de 1958, después de la renovación de votos, recibió la obediencia para ir al tirocinio. Tres años de duro trabajo, en experiencia en un colegio complejo y con 540 alumnos internos.

Con su pequeña estatura, Bernardo encajaba bien con los cursos preparatorios para la Formación Profesional. Después quedaba el trabajo de cada día: los dormitorios, el comedor, los patios, el paseo de los domingos, carteleras, las Compañías, cine, prepararse las clases... Y eso, domingos, festivos y días de guardar. Era una vida dura y la disciplina en aquella época era problemática. Pero así lo han vivido muchos salesianos y, sin embargo, guardan un buen recuerdo de estas experiencias. ¡Qué buen recuerdo guardaba Bernardo del trabajo y, sobre todo, de la Comunidad de aquellos años!. El tiempo, estaba ocupado en cada minuto, no había tiempo que perder y sí muchas cosas que hacer. Era el trienio, la práctica concreta de la vida salesiana, la configuración de un tipo de persona, una forma de ser y unas costumbres.

1.7. Teología en Salamanca

El 16 de Agosto del 65, hacía la profesión perpetua. Era tocar ya casi la cima. Había merecido la pena todo el esfuerzo anterior y lo que faltaba.

Como siempre, quedaba la añoranza del trienio, los alumnos, el trabajo. Como se inauguraba el teologado de Salamanca, había una pequeña propina. El curso empezaba un poco más tarde y el 10 de octubre comienza la teología.

Era una nueva etapa importante, definitiva y quizás superior a las anteriores. Se precisaba ilusión, trabajo y ánimo. Fueron años de espiritual enriquecimiento, de estudio serio, de biblioteca, de conferencias, de reflexiones, de acompañamiento espiritual... El cambio de mentalidad también se hace notar. Despues de tres años de actividad con jóvenes se precisa cambio. Ahora es tiempo de estudio, de vivenciar todo el hacer salesiano, adquirir una formación basada en la espiritualidad, poniendo verdadero fundamento en todo lo que significa ministerio sacerdotal, en el conocimiento del Jesús evangélico. "Sin la formación espiritual, la formación pastoral estaría privada de fundamento".

Fueron también años de compañerismo y de crecimiento del corazón sacerdotal y pastoral del "viejo" como le llamaban los compañeros, a la vera de los formadores a quien Bernardo recordaba con cariño: D. Luis Chiandotto, hombre de espíritu y humanismo profundo, D. Salvador y D. José Luis Bastarrica, D. José Antonio Rico, D. Casto Moro, D. Juan Gil, D. José Luis Pérez... ¡Años felices, también, cuando, en lontananza, se oteaba el Concilio Vaticano II!

El sábado 20 de febrero de 1965 comenzaban los EE.EE. preparatorios para la ordenación. "Así leo en la libreta en la que fui anotando mis reflexiones de aquellos días. Fueron diez días de EE.EE. cerrados, sin hablar con nadie, sólo con el Señor y director espiritual. Era mi primera experiencia de este estilo. Me entregué con ganas trabajando en serio, deseando encontrar la piedra de toque definitiva de la entrega generosa a Cristo. Con todo, también experimentaba un cierto miedo: la ordenación a la que me preparaba, me imponía respeto. La verdad es que el miedo era por mi futuro. No me importaba dar el paso teniendo la seguridad –cosa imposible– de no traicionar al Señor en el futuro".

Y llegó el día. ¡28 de febrero de 1965!. A los 32 años de edad. "Día de mi ordenación sacerdotal. Recuerdo que estando aún en Arévalo, con ilusión y soñando, hacía la estampa de mi ordenación con lema incluido. Esta meta iluminaba todas las demás que marcaban el camino; pero a su vez, las en-

sombrecía con su resplandor. Mis padres también vivían y ansiaban este día. Lo presentían como el acontecimiento supremo de su vida. Nada de extraño nos parece teniendo en cuenta que mi padre se pasó toda su vida suplicando al Señor un hijo sacerdote. Y ahora experimentaba en su interior el florecer de algo nuevo y gozoso. Era la respuesta existencial y afirmativa que recibía del Señor".

Fue una celebración solemne. Sería impresionante contemplar a 37 ordenandos, vestidos de diáconos, echados sobre el firme suelo.

En la estampa de su Ordenación Sacerdotal se puede leer el lema que presidió en su memoria: "Por la gracia de Dios soy lo que soy" (1 Cor 15,10). Pero añadió, como sentimiento íntimo, para que a través de su persona y su hacer sacerdotal, Dios se acercara a los hombres y recibieran una buena palabra, mayor evidencia de su presencia divina, amorosa y transformante, lo siguiente: "... en alabanza de su gloria" (Ef 1,6).

Recibieron todos el nuevo destino, caminos distintos y separados, después de una experiencia inolvidable. Salió a las casas con sabia nueva y renovadora.

Y ahora tendrían que preparar, como broche final de Salamanca, la fiesta de la primera Misa Solemne. Eligió el día 29 de Junio, fiesta de S. Pedro y S. Pablo. Su deseo fue siempre celebrarla en el pueblo, Fuentes de Año, con sencillez. La predicación corrió a cargo de D. José Luis Pérez. Sus familiares habían engalanado la Iglesia y el pueblo. Todos se volcaron en preparar el día. ¡Hermosa y solemne fiesta!. No se recordaba nada igual. Basta contemplar las fotos que conserva de aquel día para percibirse de la felicidad radiante que disfrutaron.

2. MINISTERIO PASTORAL.

2.1. Rentería – Pasajes, Ciudad Laboral D. Bosco

Una vez que terminaron las celebraciones después de la Ordenación en Salamanca, recibe la obediencia de incorporarse a la casa de Rentería. Es una obra que cuenta con muy pocos años de vida y que ese año recibe la presencia de cuatro nuevos sacerdotes, compañeros de curso.

Y una nueva experiencia, primera experiencia sacerdotal: Catequista de los "pequeños", la elemental, chicos de 12-14 años en un centro muy complejo por la cantidad de alumnos, secciones, actividades, profesores, comunidad salesiana no muy numerosa para la costumbre de la época –no

exenta de dificultades- y dependiente de la Caja de Ahorros. Allí se encuentra, entre otros, con las “columnas de la congregación”, como solía decir sotarronamente.

A su labor de catequista se añadía la capellanía de las Dominicas de Paseos y la responsabilidad compartida del Oratorio Festivo. Y así un año de catequista con las elementales. Dos años más estaría como catequista de formación profesional: oficialía y maestría. No le agradó el cambio. Él se encontraba más a gusto con los pequeños.

En 1968 fue nombrado administrador y vicario según las Constituciones). Las relaciones con los dirigentes de la CAP no siempre eran fáciles, y, a veces, hasta tensas. No fueron unos años fáciles y tranquilos, a lo que no era ajeno el continuo cambio de directores que podía afectar tanto a la comunidad como a las relaciones con la CAP. En sus ocho años en Rentería conoció cinco directores distintos.

A pesar de ello, Bernardo siempre guardó un recuerdo cariñoso de aquella época sobre todo, en el aspecto formativo. Rentería resultó ser un centro, dentro de su complejidad, en el que se adelantaron muchos fenómenos sociales, eclesiales y salesianos posteriores: la secularización, el nacimiento de la violencia terrorista en la zona, la delegación de cargos en manos de laicos, la desproporción entre salesianos y seglares, etc. con un alumnado superior a 2000 personas entre 6 y 25 años.

2.2. Librería de Pamplona.

El verano de 1973 es destinado a la librería de Pamplona. Allí estuvo trece años al frente de esta encomienda que dependía directa y económicamente (gastos y beneficios) de la Inspectoría. Con un sentido eminentemente práctico de la economía y del comercio, mantuvo mucha relación con librerías y colegios de toda Navarra y La Rioja, a los que distribuía libros de texto y de lectura. Los calendarios, los medios de difusión a la devoción a María Auxiliadora, todo era bueno para la economía y para mantener un tipo de relaciones que, a pesar de sus ausencias de Pamplona, han seguido ininterrumpidamente durante más de 20 años.

Y esto sin dejar de lado la tarea pastoral, las convivencias con chavales, las novenas de M^a Auxiliadora y otros, los servicios pastorales que le reclamaban.

2.3. En Madrid estudiando Sagrada Escritura

En 1986 pide y se le concede un tiempo de serenidad, de estudio, de reflexión, de formación teológica en el que, decía, “podía serenar la práctica realizada y a la vez profundizar en lo que siempre había querido: la Sagrada Escritura”. Los superiores lo entienden, lo aceptan y va destinado a la comunidad de Estrecho, en Madrid, desde donde tendrá oportunidad de trabajar a fondo y sistemáticamente el conocimiento y el estudio de la Sagrada Escritura como alumno del Instituto Bíblico de Madrid.

Nunca plantea estos estudios como afán de título académico oficial, sino como tiempo de reflexión y de “gustar” la Escritura con calma, sin agobios de notas o de exámenes. El colmo de su satisfacción, es evidente: pisar y tener tiempo para pasar por los lugares de Jesús en Tierra Santa.

Sin pretender ser un erudito, es indiscutible, que llegó a conocer a fondo la figura de Jesús y los valores del Reino de Dios con profundas repercusiones en su vida personal y en un trabajo pastoral que, después prodigaba en charlas o en alguna pequeña publicación divulgativa sobre temas bíblicos.

2.4. En Burgos P. Aramburu de administrador.

Han pasado tres años en Madrid cuando la obediencia le envía a Burgos el año 1989 con la encomienda de administrador. Ciertamente no era lo que esperaba y menos después de lo que se había estado preparando y había disfrutado. El estudio de la Biblia le había cautivado de tal manera que ya no lo dejó. Fue un estudioso constante y ávido de saber, de reflexionar.

Pero aceptó la nueva obediencia, la de ser administrador, la como las demás, con buena disposición y con conocimientos suficientes para gestionar adecuadamente los pocos recursos de la casa de Burgos, que, en la práctica, estaba en los primeros años de andadura, después de la cesión del Centro por parte de los PP. Jesuitas.

2.5. Bibliotecario del Estudiantado Filosófico.

Cuatro años más tarde, la puesta en marcha de la Biblioteca del Centro de Estudios Superiores de Burgos, permite que cambie de comunidad. Se incorpora a la comunidad formadora de filosofía, en Fuentecillas y se encargará de la biblioteca del Centro, a la vez que atiende pastoralmente, como confesor, a los estudiantes.

Una vez más estaba a gusto, en su salsa, entre libros, revistas, estudios, gente preparada en teología, psicología y filosofía... No le costó olvidarse de los números.

3. AÑO DE DOLOR Y DE LUZ.

Se encontraba en Burgos, en Fuencillas y se quejaba de muchos dolores. Fue el año 1995 el de su personal experiencia de la enfermedad, dolor y sufrimiento. El diagnóstico de los médicos de Burgos era exacto: el cáncer.

Para estar mejor atendido, en todos los sentidos, Bernardo se traslada a la comunidad de Pamplona: la Clínica Universitaria podría tratar técnicamente el tema de salud y la comunidad, acogedora y experimentada en estas lides, haría el resto. Año de un cambio radical en su vida: de una vida de trabajo y esfuerzo, de actividad constante, pasa a una vida reposada, sin esfuerzos, de descanso casi continuo, pendiente de distintos tratamientos.

Fue un año de adaptación total y de resignación, no victimista, sino dinámica, vital y libre. Desde un clima de fe se puede dar acogida gozosa al misterio del dolor y descubrir en todo acontecimiento de nuestro vivir, sea del signo que sea, la presencia actuante y salvífica de Dios, la manifestación de su amor, la revelación de su voluntad, lo que Dios espera y quiere de cada uno de nosotros en unas circunstancias parecidas. Y, al vez, ocasión para demostrar la profundidad personal y religiosa en la aceptación del dolor y de la limitación.

Es también el año de la muerte de su padre. Una separación dolorosa, como expresó en su funeral, por deberle todo: su vida y su vocación salesiana y sacerdotal. Mantenía una esperanza confiada en que su padre no conociera su enfermedad, para evitar mayor sufrimiento. Así lo pidió y lo rezó y su oración fue escuchada.

Pero sobre todo fue el año de una mayor experiencia de la cercanía de Dios. La enfermedad, el dolor... no se desean, tampoco se aceptan. Sin embargo, una vez sufrido, aceptado y asumido interiormente, se puede llegar a experimentar la cercanía de Dios. Y puede servir para purificar nuestra vida y así tener una experiencia más sensible del amor de Dios. Así lo vivió Bernardo y así lo expresó: "Ha sido el año de mayor enriquecimiento espiritual: experiencia vivida, reflexión, oración y contemplación. Con una mayor comprensión de la Cruz de Cristo viéndola desde el propio dolor. Viendo esta situación llegamos a ver que sólo desde aquí nos aproximamos

un poco a la comprensión de la Cruz de Cristo”.

En enero de 1996 le realizan un “autotrasplante” de médula ósea. Estaban experimentando en la Clínica y auguraban seis meses de vida y un final no tan doloroso como le esperaba sin operación. Lo acepta con optimismo y esperanza. Todo fue mejor de lo previsto y con mayor celeridad. Dos hermanos tuvieron que acompañarlo, alternativamente, en una “burbuja”. Incomunicados, sin poder salir, sólo recibían las visitas del médico y enfermera con todas las prevenciones y requisitos de seguridad ante la falta total de defensas. Así estuvo 17 días. La recuperación fue en progreso paulatino y, la verdad es que no fueron seis meses de vida.

Su vida se ha prolongado durante 6 años hasta el día 9 de febrero de 2001. con ingresos hospitalarios, periódicos y cada vez más frecuentes por la falta de defensas, por alguna décima de fiebre o por un ligero catarro.

Dos o tres semanas eran suficientes para recuperarse con la inestimable atención y generosidad de los servicios médicos de la Clínica Universitaria de Pamplona y de los hermanos de la comunidad de Pamplona que han sabido estar a su lado en tantas ocasiones, tantos días y tantos meses. Suero, la “adolonta” que solía decir (medicación que lo acompañó hasta el final), parches, morfina... Fue su sino a lo largo de los casi seis años de enfermedad.

4. COMO SER HUMANO.

Me parece conveniente, para cuantos lo conocían, dedicar unas líneas y mostrar algo que todos sabíamos, y él también: su forma de ser, su temperamento, su impronta... Por las diversas casas por donde pasó, Bernardo dejó una huella. Lo solía decir, en el hospital, cuando le apetecía hablar.

Su temperamento primario y su rapidez para la réplica, a veces contundente, le hizo sufrir más de la cuenta, aunque no lo aparentase. Pero no guardaba resentimiento. Se mostraba solícito para la reconciliación y en reanudar el diálogo después de ciertos debates un tanto acalorados. En el trato con las personas podía dar a veces la impresión de seco y expeditivo, pero era notable su voluntad de demostrar atención y afecto viril a quienes le estaban cerca y, cuando se intimaba, era posible entablar con él una amistad rica de intercambios profundos. Era consciente de su modo de ser, de buen corazón, de gran generosidad y de capacidad de compasión, pero era primario. “A ello se referían sin saberlo cuando me decían: ‘qué mal genio tienes’. Desde esta connotación “primario”, mis reacciones o contestaciones

siempre llevaban fuego y no eran para crear amigos. Muchas veces, al recapacitar y darme cuenta de mi conducta, pasado un tiempo para serenarme –24 horas– procuraba presentar disculpas, con palabras o con gestos para acortar distancias”.

5. ESPERANDO EL ABRAZO DEL PADRE.

“La esperanza ilumina la muerte del salesiano”. Así se expresan nuestras Constituciones al hablar de la muerte del hermano (C. 54).

Bernardo ha sido un hombre de profunda, continua y extensa oración, de delicada fidelidad a los momentos de oración comunitaria, sensible a los tiempos de oración personal, alimentada por la Palabra diaria de la Liturgia de las Horas, que marcaban su horario, por la Eucaristía y por sus frecuentes y constantes lecturas personales.

En el Oficio de Lectura propio de la memoria de San Martín de Tours, encontramos la siguiente frase aplicada al santo: “¡Oh varón [...], que no tembló ante la muerte ni rechazó la vida”. Define el estado de ánimo de Bernardo ante la muerte. Lo expresaba y lo escribió así: “Tengo la misma ilusión por morir que por vivir. Y no quisiera que se entendiera desde una perspectiva negativa, sino positiva: ilusión por vivir y lo mismo por morir. Trato de asumir positivamente la frase paulina: ‘Morir y estar con Cristo es por supuesto lo mejor’ (Flp 1,23). ¿Por qué voy a temer morir; más aún, por qué no voy a tener ilusión por morir? Mi fe me está asegurando un futuro incomparablemente mejor que el que tenemos. ‘No hay comparación entre los padecimientos de la vida presente y la gloria venidera que se va a revelar en nosotros’ (Rom 8,18). Estas afirmaciones o se toman en serio o banalizamos por completo la Escritura. Confieso que nunca me he tristecido por sentir cercano el momento de la muerte”.

¡Cuántas veces decía: “me espera el abrazo del Padre”! Y no eran palabras huecas, así lo vivía y lo expresaba.

Dios manifiesta su querer a través de los hechos y acontecimientos, y éstos nos dicen que el Señor nos quiere aquí y ahora como somos y como estamos. De ahí debe surgir nuestra ilusión por vivir.

Desde aquí damos gracias a todos los que de alguna manera han intervenido, en sus últimos años, para hacerle más llevadera su estancia entre nosotros: salesianos, hermanos, sobrinos, amigos, médicos, enfermeras, cocineras... Es imposible nombrar a todos los que han sabido proporcionarle

toda clase de atenciones, soportando con admiración el peso del día y de la noche. Que el Señor os lo pague.

Y también damos gracias a Dios por el regalo que nos ha hecho en la vida, la vocación, la enfermedad y la muerte de nuestro hermano Bernardo con la esperanza de que María Auxiliadora convertirá su cuerpo enterrado, en semilla de buenos salesianos que continúen su tarea.

LA COMUNIDAD DE PAMPLONA

31 de marzo de 2002, Domingo de Resurrección

**DATOS PARA
EL NECROLOGIO**

D. BERNARDO MUÑOYERRO DÍAZ.

Nació en Fuentes de Año (Ávila) el 4 de diciembre de 1932.

Profesó en Mohernando el día 16 de agosto de 1955.

Hizo la profesión perpetua en Salamanca el día 16 de agosto de 1961.

Fue ordenado sacerdote en Salamanca el 28 de febrero de 1965.

Murió en Pamplona el 9 de febrero de 2001, a los 68 años de edad, 45 de profesión y 35 de sacerdote.